

Ignacio del Río

*El noroeste del México colonial
Estudios históricos sobre Sonora, Sinaloa
y Baja California*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

214 p.

(Serie Historia Novohispana, 77)

ISBN 978-970-32-4292-4

Formato: PDF

Publicado en línea: %&`XY`YbYfc`XY`&\$%&

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/noroeste/estudios.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 201+, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



REFLEJO DE UNA CRISIS EN UNA CRÓNICA JESUÍTICA: SIGISMUNDO TARAVAL Y SU TESTIMONIO SOBRE LA REBELIÓN DE LOS CALIFORNIOS DEL SUR¹

Varias obras de rico contenido testimonial debemos a los cronistas jesuitas que obraron como misioneros de la California o que, sin haber estado en aquella tierra, pudieron recoger en sus textos una información fehaciente sobre los asuntos californianos. Algunas de esas obras, como las de Venegas-Burriel, Baegert y Clavijero, circularon impresas desde el siglo XVIII. Otras, en cambio —es el caso del voluminoso manuscrito de Miguel del Barco—, hubieron de pasar largo tiempo en los repositorios documentales antes de ser objeto del interés y el cuidado de editores que hicieran posible su difusión en letra impresa. Entre los textos jesuíticos formulados con la intención de dar cuenta del acontecer histórico regional hay, en fin, algunos que sólo se han publicado en forma compendiada o bien traducidos a una lengua distinta de aquella en que los escribieron sus autores.

Entre estos últimos se encuentra precisamente el que hoy se reconoce con el nombre —que tal vez no le pusiera su autor, el padre Sigismundo Taraval, S. J.— de *Historia de las misiones jesuíticas de la California Baja, desde su establecimiento hasta 1737*. Traducida al inglés, prologada y anotada por Marguerite Eyer Wilbur, esta *Historia*, que es, desde el punto de vista formal, una especie de crónica que cubre acontecimientos que tuvieron lugar en la California peninsular entre los años de 1734 y 1737, fue publicada hace ya casi medio siglo por The Quivira Society.² Hasta el momento, sin embargo, no se ha hecho

¹ Este trabajo fue presentado en el III Coloquio de Análisis Historiográfico, el que se realizó en Ciudad Universitaria, México, D. F., el año de 1980. Se publicó luego en *Históricas* (boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM), núm. 25, febrero 1989, p. 3-22.

² Sigismundo Taraval, *The Indian Uprising in Lower California, 1734-1737, as Described by Father...*, translated, with an introduction and notes, by Marguerite Eyer Wilbur, Los Angeles, The Quivira Society, 1931, XII-298 p. La obra ha sido reimpressa: New York, Arno Press, 1967.

edición del texto en castellano, es decir, en la lengua en que originalmente fue redactado.³

El manuscrito hológrafo de Taraval, el de la *Historia* antes mencionada, forma parte de los fondos que integran la *Colección Ayer* de la Biblioteca Newberry, de Chicago,⁴ la que —digámoslo de paso— a solicitud del doctor Miguel León-Portilla proporcionó al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM una copia microfilmica del documento. Paleografió el texto nuestra ya desaparecida compañera de trabajo, la señorita Beatriz Arteaga, gracias a cuya labor contamos en el Instituto con una copia escrita a máquina que consta de doscientas cincuenta y una cuartillas. Hemos de señalar que el original del manuscrito está incompleto, pues ha perdido algunos folios, unos del inicio y otros de la parte final. En esas condiciones fue recibido por la biblioteca que hoy lo conserva, a donde llegó después de pasar por las manos de diversos poseedores y de haber sido objeto de varias operaciones de compraventa.

Hasta donde sabemos, el documento estuvo alguna vez en posesión de José Fernando Ramírez, fue luego vendido en Londres a un comprador de nombre Bernard Quaritch y adquirido, al fin, por Edward E. Ayer, quien lo incorporó a su famosa colección.⁵ Como en otros casos similares, y aun cuando lamentemos la pérdida de las páginas en que tal vez se declararan explícitamente los propósitos y conclusiones del autor, hemos de celebrar que el manuscrito no haya sufrido mayores daños y que finalmente haya venido a parar en un repositorio seguro.

Para dar alguna idea del carácter de esta obra historiográfica hemos de empezar por decir que básicamente se contiene en ella una reseña bastante detallada de la rebelión indígena que estalló en el sur de la península el año de 1734 y de la campaña militar subsecuente llevada a efecto para dominar de nueva cuenta a la población nativa de dicha región. Ceñido en líneas generales a esa temática, el texto es revelador de varias interesantes realidades. Hay en él, por ejemplo, una apreciable información etnográfica sobre los grupos autóctonos,

³ Esta afirmación era cierta cuando, en el año de 1980, se elaboró el presente texto. Años más tarde se hizo una edición en español de la obra del jesuita: Sigismundo Taraval, *La rebelión de los Californios*, ed. e introd. de Eligio Moisés Coronado, presentación de Salvador Bernabéu, Madrid, Doce Calles, 1996, 198 p.

⁴ The Newberry Library, Chicago, *The Ayer Collection*, ms. 29 873. Cuando el manuscrito de Taraval sea citado en este artículo se omitirá la referencia al repositorio en que se encuentra y a su signatura.

⁵ Tomo estos datos de la introducción de Marguerite Eyer Wilbur a S. Taraval, *The Indian Uprising...*, p. 22-22.

particularmente sobre los de habla guaycura y pericú, y abundantísimos datos que podrían aprovecharse para el estudio de los efectos que la presencia de los misioneros jesuitas y el orden de vida impuesto por ellos produjeron en las comunidades indígenas sureñas, encaminadas —por cierto desde entonces— hacia su futura y no muy remota extinción. Respecto del carácter de la obra hay que destacar también que, al hacer el relato de los acontecimientos, el autor no se empeña en una tarea puramente descriptiva sino que procura en todo caso interpretar los hechos, elucidar su sentido y dar así una explicación de los mismos. Casi huelga agregar que el escrito de Taraval no escapa a una condición que es propia de toda versión de una realidad histórica: la de ser ante todo un testimonio de la conciencia que de ese mismo acontecer tuvo el autor del documento.

La obra está redactada, como ya dijimos, a la manera de un registro de hechos ordenados cronológicamente, aunque es de señalarse que no faltan en el escrito digresiones y referencias a acontecimientos anteriores al inicio de la rebelión. No sabemos a ciencia cierta en qué momento y bajo qué precisas circunstancias fue redactado el texto. Es posible que el autor, testigo cercano y a veces presencial de muchos de los sucesos que dejó referidos, lo escribiera mientras se desarrollaba la campaña militar de reconquista o muy poco tiempo después de que ésta quedara concluida. Sea como fuese, es claro que se trata de un documento formulado al calor de una experiencia vital todavía intensa y de la que se hacía necesario dar oportuna cuenta para lograr el doble propósito de justificar la política misional de los jesuitas en California y señalar los peligros que entrañaría el apartarse de las que el autor estimaba como obligadas líneas de acción. De haberse elaborado este documento tardíamente sería difícil explicar su inocultable intención pragmática coyuntural. En el fondo, aunque ciertamente de manera harto explícita, la historia que hace Taraval es un alegato en favor de la continuidad de un modo de gobierno: el que instauraron los misioneros ignacianos en la península, puesto momentáneamente en crisis por ese acontecimiento crucial que, según procuraremos mostrar, fue la rebelión de los californios del sur.

A ese efecto conviene que introduzcamos aquí ciertos tópicos relativos a la empresa jesuítica californiana, que seguramente nos ayudarán a esclarecer el significado que esa rebelión tuvo para los misioneros jesuitas y el que de suyo tiene el texto de Taraval.

Circunstancias que no viene al caso referir en este momento confluieron para dar a la Compañía de Jesús, el año de 1697, la oportunidad de hacerse cargo de una conquista que, por repetidas experiencias, se

tenía por casi imposible de realizar: la de California. Durante el siglo y medio anterior, múltiples expediciones enviadas a la península con el fin de establecer allí alguna base de colonización habían tenido que regresar a la parte continental de la Nueva España sin haber logrado otra cosa que fracasar rotundamente en su empeño. Tierra a la que sólo podía llegarse por la vía marítima, escasa de agua y, por tanto, poco propicia para la agricultura, poblada además por grupos aborígenes que basaban su existencia en la pesca, la caza y la recolección, la península no ofrecía a los grupos expedicionarios sino insuficientes recursos de manutención y sobrados motivos de desaliento. Con la entrada que, por virtud de un decreto virreinal, hizo a la California el misionero jesuita Juan María de Salvatierra en el mes de octubre del referido año de 1697, quedó finalmente superada aquella larga tradición de fracasos y se iniciaron, ya en forma definitiva, la ocupación colonial del país peninsular y la conquista de su población aborigen.

Los jesuitas llegaban a California como misioneros, pero también como jefes de la empresa conquistadora, ya que, según quedó establecido en el decreto que sirvió de base legal para la entrada, estuvieron autorizados para llevar consigo a la gente de armas “que pudieren pagar y municionar a su costa”, así como para nombrar y remover a los jefes de dicha tropa y designar en nombre del rey a las personas que hubieren de administrar justicia.⁶ Tan extraordinarias concesiones permitieron a los religiosos tener bajo su control el gobierno de la provincia y orientar el proceso de conquista en función de los objetivos misionales. Durante casi cinco décadas, California no fue territorio abierto a la colonización de sectores laicos independientes de los misioneros; se erigió y se mantuvo cabalmente como una provincia misional.

Los misioneros que participaron en la conquista de California consideraron que el haber podido arraigarse en una tierra tan hostil, tenida incluso por inconquistable, era algo que no podía ser explicado tan sólo como un logro del esfuerzo humano. Sostuvieron así que aquella conquista se había realizado felizmente gracias al concurso de una fuerza ultraterrena, sin el cual la debilidad humana hubiera sido incapaz de sobreponerse a las adversidades que ninguna de las expediciones anteriores había logrado vencer. Prevalció entre ellos la idea de que la conquista obedecía a un designio de la Divinidad y que por ello había tenido que verse cumplida de un modo necesario.

⁶ El decreto de autorización puede verse en Francisco Javier Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California*, estudios preliminares por Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1970, XLII-262 p. (Colección “Sepan cuantos...”, 143) p. 89-90.

En los escritos que dejaron los misioneros, el tema de la intervención providencial tiene una decidida orientación mariana. Los padres Salvatierra y Pícolo, por ejemplo, solían afirmar en sus comunicaciones que era la Virgen “la descubridora” de la tierra, “la conquistadora” de los indios, “la pobladora” que había asegurado el buen éxito de la ocupación.⁷ Ella, declaraba Pícolo, había obrado además el portento de transmutar la tierra en otra distinta de la que antes había sido.⁸

Una convicción que resultaba consecuente con estas ideas fue la de que, siendo aquella conquista obra de la Virgen, según lo proclamaban Salvatierra y Pícolo —“conquista mariana” la llamaba Salvatierra—,⁹ mariano tenía que ser el mundo que se había ganado. Unos días después de quedar fundada la primera misión, la de Loreto, Salvatierra escribió al padre Juan de Ugarte diciéndole que se había declarado al territorio californiano “por reino de María”, en virtud de haber sido ella “la conquistadora y juntamente pobladora”.¹⁰

A partir de elaboraciones ideológicas como las apuntadas el proyecto misional de los jesuitas empezó a cargarse de elementos utópicos, para lo que no faltó el estímulo de las circunstancias en que se efectuó la entrada. La empresa jesuítica difería de las empresas de colonización precedentes en cuanto a las estrategias de penetración y asentamiento, a los soportes financieros y, sobre todo, a los fines explícitos de la entrada y expansión en la península, que para los religiosos ignacianos no podían ser otros que la cristianización de los indios y el sometimiento de éstos a un orden de vida misional. Podríamos decir que, desde el punto de vista de las autoridades civiles, esa nueva empresa era un recurso alternativo que se esperaba sirviera para

⁷ Vid., por ejemplo, las cartas de Salvatierra que se publican en *Documentos para la historia de México. 2ª serie*, México, Imprenta de F. Escalante, 1854, v. 1, p. 103-157, especialmente las p. 109, 146 y 153. Vid. también Francisco María Pícolo, *Informe del estado de la Nueva Cristiandad de California, 1702, y otros documentos*, ed., estudio y notas de Ernest J. Burrus, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1962, XXIV-484 p. (Colección Chimalistac de Libros y Documentos acerca de la Nueva España, 14), particularmente las p. 170-171 y 197.

Es de señalarse que, después de la aparición de este artículo, se hizo edición de las cartas de Salvatierra referidas en este estudio: *La fundación de la California jesuítica. Siete cartas de Juan María de Salvatierra*, S. J., ed., introd. y notas de Ignacio del Río, estudio biográfico de Juan María de Salvatierra de Luis González Rodríguez, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur, 1997, 192 p.

⁸ F. M. Pícolo, *op. cit.*, p. 58.

⁹ Por ejemplo en *Carta a Juan de Ugarte*: Loreto Conchó, 9 julio 1699, en Biblioteca Nacional de México (BNM en adelante), *Archivo franciscano* 3/40.5, f. 22. El texto puede verse también en *La fundación de la California...*, p. 165.

¹⁰ *Carta de Juan de Ugarte*: Loreto, 27 noviembre 1697, en *Documentos para la historia de México. 2ª serie*, v. 1, p. 153. El texto puede verse también en *La fundación de la California...*, p. 97.

hacer posible un movimiento de expansión que exigía por entonces la estrategia defensiva del Imperio español.

Los jesuitas no ignoraron los intereses políticos del Estado, con los que procuraron mostrar una completa coincidencia, pero tampoco dejaron de advertir y valorar las perspectivas de acción que se abrían para ellos en la nueva provincia tanto por la posición de mando que tenían dentro de la empresa como por las condiciones de relativo aislamiento en que habrían de desempeñar sus trabajos misioneros.

La cuestión de los fines, declarados como eminentemente evangélicos y ajenos a cualquier propósito de lucro, reforzó la interpretación providencialista y contribuyó a la idealización del proyecto misional. En una de las primeras cartas escritas por Salvatierra desde Loreto, decía este religioso a su corresponsal:

puedo asegurar... que, a no haberse hecho la entrada a esta conquista con total independencia de almirantes y otros, nos hubiéramos vuelto atrás... [y no] se hubiera descubierto otra tierra sino la mala de siempre, y tierra para salir y no para entrar, tierra finalmente con ojos de tierra; y [hubiéramos estado] ciegos de tierra, que, no mirando a lo purgado de aires limpios y despejados del cielo sino todo a fines bajos y terrenos, no llevan la bendición del cielo, aquella bendición que hace la tierra cielo.¹¹

El texto transcrito muestra claramente la significación que Salvatierra otorgaba al hecho de que fueran religiosos y no militares los jefes de la empresa. La ascendencia jerárquica de los primeros, a más de cerrar el paso a las ambiciones de lucro, garantizaba la preeminencia del objetivo religioso, y esto era lo que, según el dicho de Salvatierra, había hecho a los misioneros merecedores de la bendición del cielo y de California un lugar de arraigo para los cristianos. Indica también el pasaje citado lo que el misionero creyó estar en camino de alcanzar: que un ámbito terreno deviniera celestial. La jefatura jesuítica, defendida por Salvatierra y sus sucesores como una condición necesaria para el sostenimiento de la colonia, se ligaba desde estos primeros momentos con el ideal de vida cristiana que se alentaba.

No fue el de los jesuitas un empeño enteramente nuevo en la América de las utopías cristianas. Acaso fue tan sólo renovador de viejos ideales. Pero el caso es que los misioneros de California, sobre todo los que primeramente llegaron a la península, acometieron la empre-

¹¹ *Carta a Juan de Ugarte*: Loreto Conchó, 9 julio 1699, BNM, *Archivo franciscano* 3/40.5, f. 24-24v. El texto puede verse también en *La fundación de la California...*, p. 169.

sa de conquista seguros de que llegarían a formar en esas tierras un mundo marginado del resto de la sociedad colonial, en el que, por virtud del celo de los sacerdotes, pudieran revivirse las prácticas del cristianismo de los primeros tiempos.

El medio para lograr esto era, por principio, la evangelización de los aborígenes, su sometimiento, como se decía, “al suave yugo de la fe cristiana”. Pero no nada más los indios formarían aquella sociedad. El mundo que se esperaba ver surgir no admitiría excepciones, de modo que también el grupo conquistador, formado por misioneros, soldados y dependientes, debía asumir un mismo compromiso moral y religioso, refrendado continuamente en la práctica cotidiana. Dieron por descontado los misioneros que una colectividad que viviera en armonía con Dios tenía que ser armónica en sí misma por cuanto que todos los componentes del conjunto social estarían empeñados en alcanzar una meta común: la de la salvación eterna. De allí que declararan su deseo de impedir que las ambiciones enraizadas en la vida temporal del hombre se impusieran a las instancias de carácter espiritual, y que postularan que la explotación de la naturaleza y del trabajo humano debía ser en todo caso un medio, nunca un fin.

Si el futuro les pareció a estos misioneros tan promisorio, la realidad que les resultaba más inmediata también fue vista por ellos con complacencia. Su visión de la tierra y el concepto que se formaron de los aborígenes peninsulares reflejan el optimismo con que dieron principio a sus trabajos misioneros. Después de haber hecho varias expediciones hacia el interior de la tierra, el padre Pícolo refería el hallazgo de “hermosas vegas, valles muy amenos, muchas fuentes, arroyos, ríos muy poblados en las orillas de muy crecidos sauces”, y aseguraba que en aquel mundo reputado hasta entonces como un “infierno estéril” había nada menos que “pedazos de paraíso terrenal”.¹² El padre Ignacio María Nápoli estaba convencido de que California no tenía parangón en cuanto a sus ventajosas condiciones físicas y llegó a afirmar que, según su propia experiencia, allí llovía tanto como en México y Puebla.¹³

No es la imagen de una tierra seca y hostil sino la de una tierra feraz y acogedora la que quedó dibujada en muchos de los escritos

¹² F. M. Pícolo, *op. cit.*, p. 58. *Vid.* también las p. 62-63.

¹³ Ignacio María Nápoli, *Relación del padre... acerca de la California, hecha el año de 1721, en Memoria del primer congreso de historia regional*, 2 v., Mexicali, B. C., Gobierno del Estado de Baja California, Dirección General de Acción Cívica y Cultural, 1958, v. I, p. 288-289. *Vid.* también la p. 294. La transcripción paleográfica del texto de Nápoli fue hecha por Roberto Ramos.

de estos hombres. Y no menor fue el entusiasmo con que se habló del indígena, de su buena índole y su capacidad para doblegarse ante la fuerza de la razón, de su mansedumbre natural y su inclinación a aceptar las enseñanzas de los misioneros.¹⁴ En verdad que sin ese optimismo ante el presente hubiera sido difícil que se conservara la fe en la futura perfección de la sociedad misional.

Por lo que respecta al mundo físico, pronto tuvieron los misioneros que reconocer que no era tan pródigo como se pensaba en un principio y que, antes bien, sus posibilidades agrícolas eran en extremo limitadas. Se introdujeron cultivos diversos, pero nunca la producción local bastó para el autosostenimiento de la colonia. Esto, sin embargo, no hizo disminuir el entusiasmo misionero ni minó las expectativas de llegar a hacer de los californios cristianos ejemplares.

En realidad, la experiencia de los primeros contactos con los indios fue más bien alentadora para los religiosos, y el desarrollo mismo de la vida en las misiones, la obediencia que los indios daban a sus ministros y, en general, la paulatina adopción por los nativos de las creencias y prácticas rituales del cristianismo no se juzgaron sino como muestras patentes de que la acción evangelizadora empezaba a rendir los frutos esperados. Un visitador de misiones, el padre José de Echeverría, decía en 1729 que era tal el fervor religioso de aquellos indios que no podía “menos de derramar muchas lágrimas de consuelo al oír tantas veces alabar a Dios por boca de los pobres [californios], que poco ha no sabían si había Dios”.¹⁵ Por lo que pudo observar durante su visita, el mismo padre Echeverría escribió respecto de la California misional: “Todo esto está hecho un cielo habitado de estos feísimos ángeles”.¹⁶

Cercano estaba el día, sin embargo, en que la fe misionera en la mansedumbre natural del indio y en su aptitud para acceder a ciertas formas depuradas de la espiritualidad religiosa se enfrentaría a su más dura prueba: la sublevación de los pueblos del sur acaecida en octubre del año de 1734.

Aun antes del mes de octubre se habían advertido barruntos de rebelión y quizás el que no se hayan reforzado las escoltas militares de los misioneros del sur sea una prueba de la confianza que aún se tenía en la estabilidad de aquellas reducciones. Pero la rebelión estalló

¹⁴ Vid. F. M. Píccolo, *op. cit.*, p. 65-66.

¹⁵ Miguel Venegas, *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*, 3 v., México, Layac, 1943, v. II, p. 265.

¹⁶ *Carta al marqués de Villapiente*: Loreto, 28 octubre 1729, BNM, *Archivo Franciscano* 4/55.1, f. 1.

y con extrema violencia. Los ministros de las misiones de Santiago y San José del Cabo fueron victimados, como también lo fueron los pocos soldados que los acompañaban, los familiares de un soldado que por entonces estaba ausente y varios de los indios empleados en el servicio doméstico de las misiones. Sigismundo Taraval, ministro de la misión de Todos Santos, escapó de un final semejante al de sus compañeros gracias a que, informado por unos indios, huyó primero a La Paz y luego, por mar, a la misión de Los Dolores. Tropas del presidio de Loreto fueron movilizadas hacia los territorios en que habitaban los rebeldes, pero también se solicitaron refuerzos militares de fuera.

Urgido por el virrey, el gobernador de Sonora y Sinaloa, Manuel Bernal de Huidobro, pasó a la península con una fuerza militar proporcionada, y fue él quien condujo la campaña contra los indios del sur, que ya para entonces no hacían sino buscar desesperadamente donde refugiarse para escapar del castigo. La campaña duró algo más de dos años; se dio por terminada cuando Bernal de Huidobro salió de la península con el grueso de su tropa, entrado el año de 1737.

Taraval fue, de todos los misioneros de California, el que de un modo más directo resintió el impacto de tales acontecimientos. Aparte de haber estado en Todos Santos cuando estalló la rebelión y de haber sido el único sobreviviente de los tres misioneros que por entonces laboraban en la región del sur, estuvo después casi siempre al lado de las tropas que acudieron a reprimir a los rebeldes, por lo que puede pensarse que ningún otro de los misioneros acumuló como él tantas y tan inmediatas vivencias del desastre.

En unas cuantas líneas resume Taraval lo que experimentó en los meses que precedieron a su salida de Todos Santos: “el mes de julio fue de cuidados; el de agosto, de cuidados y sobresaltos; el de septiembre, de cuidados, sobresaltos y angustias, y... el de octubre, de cuidados, sobresaltos, angustias y muertes”.¹⁷

Lo que era simple sospecha en julio fue, pues, angustiada certeza en octubre. Certeza de que los padres habían perdido el control de la situación y de que la violencia desatada de sus neófitos arrasaba con todo cuanto allí se había erigido en nombre del cristianismo. Taraval confiesa que perdió por entero el valor cuando supo que los indios habían muerto a los otros dos padres: “en ninguna ocasión —dice— me vi menos hombre cuando en ninguna necesitaba ser más”.¹⁸

No hay duda de que el alzamiento de los pueblos del sur provocó iguales reacciones de inseguridad y temor en todos los misioneros de

¹⁷ Sigismundo Taraval, *Historia de las misiones jesuíticas...*, parágrafo 39.

¹⁸ *Ibid.*, parágrafo 45.

California, incluso en los que atendían las misiones de la parte norte. Los hechos consumados constituyeron para ellos una sorpresiva y reveladora experiencia que puso al descubierto algunas de las debilidades del sistema de relación establecido entre los misioneros y la población aborigen. De allí que lo ocurrido en el sur se haya considerado también como un síntoma, como un trágico suceso que podía alcanzar mayores proporciones y provocar el derrumbe de todo el sistema misional.

En tal forma cundió el temor de que el movimiento se generalizara que se ordenó la urgente concentración de los misioneros en Loreto como una medida de prevención, mientras que los gestores jesuitas reclutaban indios milicianos en los valles del Mayo y del Yaqui y pedían al virrey el envío inmediato de refuerzos militares.

Toda inquietud entre los indios de las misiones fue así motivo de graves sospechas y lo mismo en la misión de Los Dolores, de indios guaycuras, que en las de San Francisco Javier y San Ignacio, fundadas entre los tradicionalmente pacíficos cochimíes, se creyó ver indicios de nuevos levantamientos.

Los soldados presidiales enviados a la región del sur, a los que acompañó Taraval, se encontraron allí con un enemigo fantasmal. Los insurrectos de unos meses antes no parecían atreverse a tener un enfrentamiento directo con la tropa lauretana, de cuyo contacto en realidad tendían a huir todos los aborígenes de la región, hubiesen o no participado en los asaltos a las misiones. El supuesto de que en cada indio que se dijera leal podía hallarse un enemigo embozado motivaba en los soldados y los misioneros actitudes de recelo creciente y un franco temor de que la calma fuera tan sólo un presagio de futuros y mayores males.

De tal estado de ánimo da cuenta Taraval al referirse a la entrada que hicieron las tropas presidiales a la región del sur al iniciarse el año de 1735:

Todo lo restante de este mes de febrero fue una continua suspensión no sólo de armas, más de noticias y cartas. Del enemigo no se divisó ni un vestigio, de Los Dolores no hubo la noticia menor y de Loreto no se vio una canoa. Con esto estaban todos suspensos y, como no había qué hacer, todo se les iba en imaginar lo que podía haber sucedido. Acrecentábanse con los días las sospechas como que se les aumentaban los fundamentos: temíase que el enemigo, juntándose, hiciese algún daño en los caballos y en los que estaban en su resguardo; temíase haberles sucedido algo a los que iban por tierra a Los Dolores; temíase estar los rebeldes estimulando quizás a que aposta-

tasen también los de Los Dolores y que, juntándose con ellos, hiciesen con aquella misión lo que ejecutaron en las destruidas; temíase que esas voces que se habían oído en Los Dolores y en San Javier fueran un convoco universal; temíase que hubiera sucedido alguna desgracia en la última misión de nuestro padre San Ignacio. Al fin, todo se temía, porque todo naturalmente se podía temer y, en realidad, todo estaba en lo natural a peligro.¹⁹

Según la afirmación con que el cronista termina este párrafo, ningún temor, ni siquiera el de que todo el edificio misional se viniera abajo, resultaba a la sazón infundado o excesivo. Se juzgaba, según esto, que una catástrofe total era por lo menos posible. Y si en tales momentos podía esperarse cualquier desgracia, precisa el autor, era porque todo se hallaba “en lo natural” amenazado.

Examinada en el contexto del discurso de Taraval, la precisión no es superflua. No lo es porque convenía a la argumentación del misionero afirmar la idea de que los fundamentos naturales de las misiones eran por sí mismos endebles. Haciendo radicar la amenaza en factores del orden natural cobraba mayor fuerza el argumento de que la salvación únicamente podía derivar de la voluntad divina.

El de Taraval es un providencialismo a ultranza, pero ciertamente que el discurso elaborado por el misionero de Todos Santos es en muchos sentidos diferente de aquel que construyeron los misioneros de la primera época de la conquista. Las circunstancias históricas no fueron en uno y otro casos las mismas, como tampoco fueron iguales las actitudes y las expectativas de los religiosos. Ante una crisis como la desatada por la rebelión de los pueblos del sur difícilmente podían seguirse sosteniendo las nociones triunfalistas de tiempos anteriores. Lo que falta en la obra de Taraval es aquella confianza incommovible que se tuvo en la plena redención del indio, aunque no por eso niega el misionero el compromiso que los jesuitas tenían de procurarla. La necesidad que se planteaba, y a la que respondió el escrito de Taraval, era la de explicar la rebelión de tal modo que no quedara en entredicho el carácter providencial que se había atribuido a la obra fundadora de los jesuitas en California.

Como un punto de partida para explicar la rebelión, Taraval advierte sobre el espíritu de sacrificio que caracterizó a la acción misionera que desarrollaron en la península los padres de la Compañía de Jesús:

¹⁹ *Ibid.*, párrafo 118.

el hallarse en unas tierras que de todo carecen, un desamparo sumo, unas distancias desmedidas, unas soledades continuas, unas administraciones dilatadísimas, unos caminos de montes, sierras y precipicios; unos indios esparcidos entre los montes, con una pobreza, hambres y desnudez indecible[s], es todo esto un agregado que agobiara al espíritu más alentado, y más cuando... todo esto es sobre el trabajo que fácilmente se deja entender, aunque no fácilmente se explica, de administrar, y para administrar fundar, y para fundar juntar, y para juntar instruir, y para instruir reducir a unos indios nuevos y montaraces y bárbaros por todos lados.²⁰

Todos los esfuerzos que en esas condiciones se hacían, agrega el religioso, “los suavizaba y endulzaba el ver tan asistente la Divina Providencia, los auxilios tan vehementes, tan copiosa la gracia, tan abundante, admirable y palpable el logro y tan atado el Demonio”.²¹ Los padres, según esto, hacían frente a múltiples pero no insuperables adversidades, animados en todo caso por la convicción de que el amparo providencial les allanaba el camino al punto de no permitir que la acción misionera fuera interferida por fuerzas contrarias al fin de la evangelización.

Pero he aquí que llegó un momento en que pareció que ese eficaz auxilio de origen divino se había suspendido y que los misioneros quedaban abandonados a su suerte. Pudo pensarse que eso ocurría porque, aun cuando en el sur empezaba a generalizarse la amenaza de rebelión, nunca acudieron allí las tropas que se habían solicitado a Loreto ni se recibieron siquiera noticias de los demás padres, de modo que, apunta el cronista, aun toda esperanza de socorro humano se sirvió Dios quitar a quienes estaban en tan grande peligro.²²

Sin la asistencia de la tropa y sin que de ningún modo pudieran contenerse las inquietudes de los indios, la sensación que privó fue de desamparo e impotencia:

Así —puntualiza Taraval a este respecto— quedamos sólo esperando en Dios y echándonos total y confiadamente en sus brazos; pero muchas veces parecía que no era ni podía ser que Dios nos quería amparar, recibir, oír ni ver, sino que nos había dejado totalmente para burla y risión, escarnio y destrozo de los enemigos, que de todos modos se burlaban, insultaban y triunfaban.²³

²⁰ *Ibid.*, párrafo 7.

²¹ *Ibid.*

²² *Ibid.*, párrafo 41.

²³ *Ibid.*

La desesperanza fue aumentando en el curso del mes de septiembre y en los primeros días de octubre, en la medida en que los misioneros, seguros ya de que “no había de quien esperar en lo humano”, no veían tampoco manifestarse en modo alguno el solicitado amparo divino.²⁴ Quizá Taraval revive una emoción sentida cuando expresa en tono casi lapidario: “Los cielos parecían a los ruegos de bronce; la Divina Señora que no quería ejecutarlos y Dios que dormía como en la nao de San Pedro”.²⁵

La rebelión, con su secuela de muerte y destrucción, no se podía explicar, en el marco de las ideas providencialistas, sin postular que la Divinidad la había permitido o propiciado. Taraval no elude esta exigencia, pero encuentra el modo de dar un peculiar sentido a la intervención providencial. Como vimos poco antes, afirma el misionero que la obra de evangelización se había venido realizando en California sin que nada la estorbara, gracias a que los religiosos se habían visto desde un principio plenamente asistidos por la Providencia Divina.

Mas llegó —dice el cronista— el año de 1734 (después de treinta y siete años de haber entrado, haberse extendido y haber triunfado la fe en las islas Californias) en que quiso Dios, para prueba de sus escogidos, castigo de los obstinados [y] ejercicio de los ministros evangélicos, desatar al Demonio o darle tanta cadena que lo pareciese.²⁶

El transitorio abandono en que se hallaron los misioneros no era, por tanto, sino un recurso asimismo providencial con el que se ponía a prueba la fe y del que la Divinidad quería servirse para mostrar nuevamente que era atributo suyo dejar caer o levantar la obra humana. La idea se repite en el escrito de Taraval:

Todo lo permitió Dios... para avivar más la fe, para aumentar la esperanza, para hacer más admirable su asistencia y para que se sintiera, viviera y tocara su inmenso e infinito poder, y, con esto, el sumo cuidado, la singularísima atención, el especialísimo cariño con que mira por sus ministros evangélicos.²⁷

Si ante el peligro cundió el miedo y la confusión, como sucedía cuando una nave era azotada por la borrasca, fue, dice Taraval, insistiendo en la idea del patronazgo mariano, porque así lo permitió “Ma-

²⁴ *Ibid.*, parágrafo 43.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*, parágrafo 8.

²⁷ *Ibid.*

ría Santísima, titular, patrona, protectora de esta conquista, para que se echase de ver que su majestad [la majestad de la Virgen] estaba en el timón, cuando hasta la Señora nos podía parecer que dormía”.²⁸

Al explicar en estos términos la rebelión y la crisis inaugurada por ella, Taraval dejó establecidas las premisas ideológicas de su alegato en defensa de los intereses político-misionales de los jesuitas en California. La función pragmática que por la vía de este alegato cumple la interpretación de Taraval se revela con claridad cuando el misionero se ocupa —y lo hace en la mayor parte de su escrito— de la campaña militar dirigida por Manuel Bernal de Huidobro.

Es de señalarse que el paso de este personaje a la península, si bien obedeció indirectamente al reclamo jesuítico de ayuda militar, dio origen a un conflicto jurisdiccional, dada la circunstancia de que hasta entonces los misioneros habían manejado de acuerdo con sus intereses el gobierno de la provincia y tenido un efectivo control sobre las tropas presidiales. Bernal de Huidobro, quien tenía el nombramiento de gobernador y capitán general de Sinaloa y las demás provincias del noroeste continental, y que era notoriamente desafecto a los jesuitas, obró a lo largo de la campaña por iniciativa propia, negando con su presencia y con sus actos la autoridad política y militar que habían tenido los misioneros.

La crisis alcanzaba así una nueva dimensión, puesto que con la llegada de Bernal de Huidobro el modo de gobierno implantado por los jesuitas en la península quedaba no sólo alterado de hecho sino aun en riesgo de supresión definitiva. Lo que urgía a los jesuitas en esa situación era demostrar que, aun cuando hubiera sido necesario recurrir a la ayuda militar externa, no era al gobernador y a sus hombres sino a la Divinidad a quien había que atribuir enteramente el restablecimiento del orden roto con la rebelión.

A ese imperativo responde precisamente la crónica de Taraval, de allí que en ella la visión providencialista tenga, aparte de cualquier otro, un claro sentido político. Según la versión del cronista, innumerables portentos obró la Divinidad para premiar la fe de sus ministros evangélicos, mientras que Bernal de Huidobro nada efectivo hizo para lograr la pacificación, todo por haber desoído siempre los consejos de los padres, usurpado las funciones de éstos e ignorado la experiencia de los leales jefes de la tropa lauretana. El relato de Taraval fue hecho, en suma, con la intención de mostrar que, en aquel trance, la fe salía triunfante y la conquista de California se revelaba una vez más como

²⁸ *Ibid.*, parágrafo 142.

lo que siempre había sido: una obra portentosa que la Providencia Divina confiaba de modo exclusivo a los hombres que cumplían en la península una misión evangélica.

La rebelión tuvo también otros efectos que se reflejan meridianamente en la obra de Taraval. Entre ellos son de mencionarse aquí el cambio de la actitud de los misioneros frente a los indios y la final disolución de la utopía cristiana. Es indudable que los padres jesuitas que actuaban en California se sintieron profundamente conmovidos por aquellos acontecimientos que de pronto les hicieron advertir cuán fácil era que los indios se volvieran en contra de sus ministros y de cuanto éstos les enseñaban. Aun el misionero más optimista, el más confiado en la buena marcha de la evangelización, debió sentirse atenazado por la duda al saber que los indios insurrectos, muchos de ellos ya bautizados, llevaron su furor al punto de sacrificar a sus ministros, vejar sus cadáveres, victimar a los soldados y sirvientes de las misiones, quemar los templos, destruir las imágenes, las cruces y los ornamentos sagrados, y matar con evidentes muestras de rencor el ganado que se hallaba en los pueblos.

Los “ángeles feísimos” del padre Echeverría hicieron ver de ese modo que eran capaces de rebelarse y de dividir aquel mundo que se creía armonizado por la fe cristiana. Aun cuando la rebelión se localizara tan sólo en el sur y quedara comprobada a la postre la fidelidad de los norteños cochimíes, la idea de que el cristianismo establecía un vínculo indisoluble entre los californios y los evangelizadores se volvió necesariamente insostenible. Para los misioneros de California, aquélla fue ante todo una crisis de conciencia.

Una nueva forma de juzgar al indio, de tratarlo, de entender su compromiso con el cristianismo y con el orden misional se encuentra reiteradamente expresada en las páginas escritas por Taraval. Pocas veces habla el misionero de la lealtad de algún grupo aborigen y muchas, en cambio, de la desconfianza que le merecían los indios con quienes trataba, aun cuando se dijeran cristianos y se ofrecieran para combatir a los rebeldes. Una manifestación de alegría de los indios o una declaración de amistad que ellos hicieran le parecían a Taraval motivos suficientes para entrar en sospecha: “nunca hay más que temer que cuando [los indios] se ven muy joviales, festivos, y que se muestran muy amigos, pues, no teniendo nada de esto por su naturaleza servil, agreste y bárbara, se infiere que todo eso es supuesto para alguna traición o algún engaño”.²⁹

²⁹ *Ibid.*, parágrafo 129.

Considera que con los californios son contraproducentes el afecto y el buen trato; “aquellos en que el misionero más se esmera, más cuida y más quiere —dice—, esos suelen ser los más perversos, desleales e ingratos”.³⁰ Frente a cierta política de tolerancia y disimulo seguida por Bernal de Huidobro, Taraval asume una actitud de indignación y arguye que con eso se ensoberbecen los alzados y se da pretexto de rebelión a los indios que se hallan de paz. Reclama siempre una mayor energía en el trato con los sublevados y los sospechosos, que dondequiera descubre, y pide que a todos ellos se les apliquen castigos ejemplares.

Tal vez pensaba el religioso que castigar a los indios, aun con la pena capital, que en algunos casos postula como absolutamente necesaria, era cumplir al fin y al cabo con un designio de Dios, pues hemos de recordar que, según uno de los pasajes de su crónica, la rebelión fue permitida por la Divinidad, entre otras cosas, “para castigo de los obstinados”.

Punitiva, drástica y, a veces, terrible es ciertamente la deidad que protagoniza la crónica de Taraval. Ese Dios descrito por el misionero castigaba con el aniquilamiento total a los que osaban resistirse a la reducción:

En una misión... —refiere el jesuita—, una entera ranchería se dejó engañar del Demonio, y de toda entera hizo Dios un entero escarmiento, pues, diciendo y publicando que el padre los mataba, se retiraron de la misión, se huyeron a un paraje muy lejos, y allí, donde se tenían y juzgaban seguros, allí mismo entró en ellos el mal, que ni uno dejó para testigo.³¹

Terribles son incluso las advertencias de ese Dios que no concede tregua a los que de algún modo se resisten a obedecer el llamado que hacen los misioneros. Refiriendo el caso de una ranchería que no obraba conforme a los dictados de su ministro, Taraval dice que Dios quitó a esa gente “casi todos los párvulos” tan sólo como un aviso para que los sobrevivientes se enmendasen.³²

A diferencia de los misioneros que creyeron en la realidad ya presente en la península de un mundo ejemplarmente cristiano, Taraval juzga que el cristianismo de los californios es puramente formal, cuando no falso. Algunos párrafos de su obra parecen encerrar

³⁰ *Ibid.*, parágrafo 18.

³¹ *Ibid.*, parágrafo 5.

³² *Ibid.*, parágrafo 166.

una contradicción, como cierto pasaje en que el religioso apunta que los callejús, uno de los grupos de habla guaycura, aun “siendo... los primeros cristianos del sur, nada ejecutaban de cristianos, viviendo después de bautizados con las mismas costumbres, abusos y ritos que cuando eran gentiles, pasando así una vida que era escándalo y deshonra del cristianismo”.³³

Tal proposición hubiera sido un contrasentido en tiempos anteriores a la rebelión, cuando los misioneros obraban convencidos de que el triunfo de la fe en California era irreversible por cuanto que así lo quería la Divinidad. Pero después de los sucesos de 1734, hablar de cristianos que no se comportaban como tales no resultaba necesariamente una incongruencia, y menos si se admitía, como lo hizo Taraval, que la fe necesitaba someterse radicalmente a prueba para que el creyente alcanzara al fin la gracia divina. Con este principio, por lo demás, se polarizaban las alternativas: con la fe o contra ella, fieles o apóstatas, obedientes catecúmenos o rebeldes en vías de condenación.

La función misionera adquiere así en Taraval una dureza que no conocieron sus antecesores. Un recado que el religioso envió a ciertos indios de Todos Santos, neófitos que habían estado a su cargo y que se mostraban dispuestos a acudir a su lado en demanda de protección, exhibe el rigor de los términos en que Taraval quiere que se dé la relación entre indios y misioneros:

Lo que les envié a decir —afirma el religioso— fueron sólo tres cosas: la primera, que yo no los llamaba, pues conocimiento tenían de las cosas y, así, que yo no había de rogar a ellos sino ellos a mí; la segunda, que si estaban y venían arrepentidos yo les perdonaba como Dios manda todo lo pasado y rogaría al señor comandante [Bernal de Huidobro] para que los perdonase si quisiese castigarlos; la tercera, que si no querían [hacerlo así], para ellos sería el mal que padecerían en cuerpo y alma, en sí y en sus mujeres, padres o hijos y parientes, en esta vida y para siempre en la otra.³⁴

El problema del régimen de gobierno finalmente se solucionó de un modo favorable a los jesuitas. Una vez que Bernal de Huidobro se retiró de la península, las cosas volvieron poco a poco a su cauce precedente, no sin algunas contradicciones internas y otras que se originaron en la capital del virreinato. Lo que, en cambio, no habría ya de restaurarse fue la utopía en que se había soñado. Se continuarían los

³³ *Ibid.*, párrafo 165.

³⁴ *Ibid.*, párrafo 295.

trabajos de evangelización y algunos misioneros llegarían a advertir en sus feligreses “señales de verdaderos cristianos”;³⁵ pero, con rarísimas excepciones, al indio californio ya no se le habría de ver sino con una profunda desconfianza. No se dudaría de la sinceridad del esfuerzo misionero, pero sí de la solidez de sus resultados.

La rebelión de los indios del sur es una especie de parteaguas en la historia de las misiones jesuíticas de la península. Desde cualquier ángulo que se la examine —el de las actitudes mentales de los misioneros es tan sólo uno de los muchos posibles— esa rebelión representa un momento de ruptura, un momento en que entran en crisis las estructuras institucionales de la conquista jesuítica y, en general, el sistema de relación hispano-indígena establecido en la península desde 1697.

De esa crisis que sin duda condicionó el desarrollo ulterior del proceso misional en California es testimonio de singularísimo valor la crónica de que aquí nos hemos ocupado.

³⁵ Vid. Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, ed., estudio preliminar, notas y apéndices de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1973, p. 429-430.